

EGERIA

Manuel Vila López

La gran dama galaico-romana Egeria protagonizó a finales del S.IV una peregrinación a Tierra Santa desde su Gallaecia natal. Como religiosa buscó conocer los pasos de Jesús y de los santos padres, como mujer culta y curiosa ante el saber la enriquecedora experiencia del viaje. Todo se lo transmitió a sus hermanas de religión por medio de unas cartas escritas desde el camino. Así la conocimos nosotros.

¿CUÁNTO SABEMOS SOBRE ELLA?

Su nombre es Egeria -ninfa romana cantada por Ovidio y Virgilio- que, aunque de procedencia pagana, era sumamente habitual entre los cristianos de la época. De hecho, el investigador Agustín Arce encontró la firma de una tal Egeria en más de un documento latino hallado en la provincia Gallaecia. Y este es, después de no pocas especulaciones, su origen más probable. Es el benedictino francés Dom Mario Ferotin quien descubre su nombre en una carta escrita por el abad Valerio, habitante del Bierzo, en el s.VII. Esta carta va dirigida a los monjes de alguno de los múltiples monasterios que poblaban la región y, en ella, hace un elogio de una "abatissa" Egeria que "nacida en el extremo litoral del mar Océano occidental, se dio a conocer al Oriente". Y esta era la condición de "extremis terris" que ocupaba la citada provincia dentro del imperio romano del s.IV.

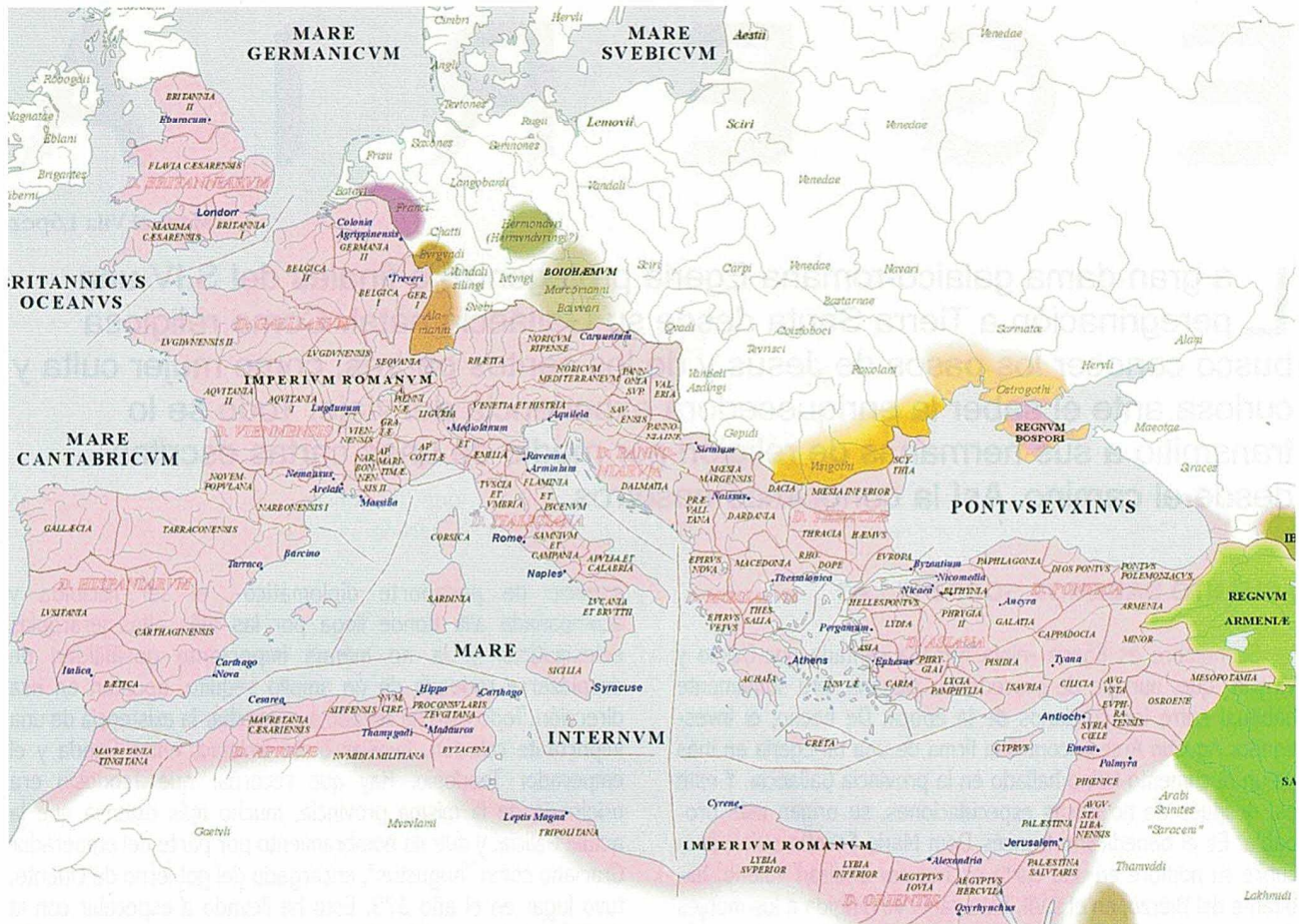
En cuanto a su condición social, todo hace pensar que pertenecería a una agrupación religiosa femenina. Debemos entender este movimiento monacal de forma un tanto laxa, donde grupos de mujeres en su condición de vírgenes, viudas o sencillamente continentes, harían una vida en común y entregada a Dios. No establecida todavía la actual rigidez normativa, la libertad para entrar y salir estaría garantizada, pero esta característica no debe hacernos dudar de su existencia, pues los concilios de Elvira (en el año 300) y Toledo (a finales de este mismo siglo) establecen cierto tipo de reglamentación para este monacato. Por otro lado la misma Egeria, en las cartas que escribe a lo largo de su viaje, se dirige a las "sorores" o hermanas que quedaron en la patria común. En ellas encontramos afecto, solicitud y, al mismo tiempo, una cierta distancia. Una cierta superioridad en su expresión, que no relación de mando -no existía entonces la figura de abadesa-, nos hace pensar más bien en su condición de gran dama.

Algunos hechos destacados nos muestran esta pertenencia a la alta alcurnia galaico-romana. Su libertad de movimientos para atravesar todo el imperio- utiliza el "ager publicum",

especie de pasaporte diplomático-, el ser recibida y acompañada allá donde llega por las más altas jerarquías eclesiásticas y, la no menos importante posibilidad de desplazarse rodeada de un amplio séquito, apuntan en esa dirección. Todo esto ha llevado a sospechar la existencia de una importante relación, familiar o de amistad, entre Egeria y el emperador Teodosio. Hay que recordar que Teodosio era originario de la misma provincia, mucho más extensa que la actual Galicia, y que su nombramiento por parte del emperador Graciano como "Augustus", encargado del gobierno de Oriente, tuvo lugar en el año 379. Esto ha llevado a especular con la posibilidad de que hicieran gran parte del camino en compañía, pues ambos se dirigían a Constantinopla.

Es una mujer culta. En su peregrinar se acompaña de libros que la ilustren e informen de los lugares que visita, enriquezcan las experiencias que vive a lo largo del camino. Con seguridad uno es la Biblia -la "Vetus Latina", versión anterior a la Vulgata- pero también libros como el *Onomasticon* y *La Historia eclesiástica* o la *Vita Constantini*, todos ellos escritos por Eusebio de Cesarea originalmente en griego, y quizá el libro que más influyó en su decisión de viajar a Tierra Santa, *Los monjes del Oriente Cristiano*. Aunque al faltarnos la primera parte de su manuscrito nunca tendremos la certeza, alguno de estos libros, sino todos, conformaron las fuentes que dirigieron los pasos de su caminar. Otro hecho significativo cuando hablamos de su madurez intelectual lo encontramos en una de sus cartas. El episodio en que el obispo de Segor le muestra el lugar donde la mujer de Lot se convirtió en estatua de sal es transmitido a sus hermanas con el siguiente final "Pero creedme, venerables señoras... cuando nosotros inspeccionamos aquel paraje no vimos la estatua por ninguna parte, no puedo engañaros al respecto". Su avidez por ver y aprender no la ciega en una creencia bobalicona, su sentido crítico nunca la abandona.

Egeria es una mujer animosa -la "mulier fortis" que cita la Biblia- y valiente. Se necesita verdadero arrojo para lanzarse a un camino que la conducirá a través de todo el imperio. Esto no



Mapa que representa la situación del Imperio Romano en el siglo IV d.C.

impide que se muestre humana, a ras de tierra cuando se encuentra o busca a los monjes y ascetas que pueblan Tierra Santa. Ella misma se confiesa "como soy tan curiosa", quiere verlo todo, ampliar las excursiones programadas; pide explicaciones sobre lo que le muestran y lo que no está a su alcance. Esta admiración por las cosas -casi filosófica- la lleva a sacar auténtico jugo a su viaje. Lo disfruta en cuanto tal y busca enriquecer su persona con la experiencia. Y, del mismo modo, no pierde de vista su motivación fundamental, el aspecto religioso y el encuentro con los lugares en que transcurrió la vida de Jesús y sus discípulos.

Y no fue esta la actitud de una sola mujer, mucho antes que ella lo habían hecho Leonor de Aquitania, Brígida de Suecia o Eglantine de Chaucer. Y en su época encontramos a su gran amiga la diaconisa Marthana, a la noble Melania que acabará fundando un monasterio en el Monte de los Olivos o a Paula, compañera espiritual de San Jerónimo.

UN ITINERARIO FASCINANTE

En los tres años -entre el 381 y el 384- que dura el viaje que realiza Egeria, el camino recorrido abarca la práctica totalidad del imperio o tierras civilizadas, como entonces las

conocían frente a los ya amenazantes bárbaros. Es casi seguro que utilizó las habituales rutas, seguras todavía bajo la férula romana, que recorrían todo el occidente y oriente imperial.

Si consideramos que parte de algún punto de la provincia "gallaecia" podremos, de algún modo, reconstruir el itinerario seguido por nuestra protagonista. Siguiendo la "Vía Domitia" atraviesa Aquitania y cruza el Ródano para posteriormente embarcar camino de Constantinopla. De aquí parte hacia Jerusalén utilizando la gran vía militar que atravesaba Bitania, Galacia y Capadocia y, siguiendo hacia Cilicia, atraviesa el macizo de Tauro hasta llegar a Tarso. El camino hasta Antioquia no ofrece gran dificultad y, a continuación, una vía marítima conduce hasta Sycamina -la actual Haifa- donde visita los lugares consagrados a Elías en el monte Carmelo. Sin apartarse de la costa llega hasta Dióspolis, atraviesa Nicópolis -Emaús- y, al fin, llega a Jerusalén.

La Jerusalén a la que llegó Egeria había asentado sus bases cristianas en el año 326 de la mano de santa Elena, madre del emperador Constantino. Esta mujer desenterró los restos de la Vera Cruz -en la que fue crucificado Jesucristo- provocando una especie de arqueología sacra. Esto hará que una verdadera marea de devotos peregrinen a la ciudad con la intención de visitar los lugares bíblicos y de la pasión de Jesús, pero también cual-

quier "martyrium" o sepulcro de Apóstol. Como en toda concentración humana, se entremezclan bienintencionados monjes y ascetas, pícaros del camino y grandes señores y señoras. Como quiera que no todos, por su comportamiento o sus galas, adoptan un comportamiento verdaderamente cristiano, provocan el escándalo de los Santos Padres y, muy especialmente de San Jerónimo.

Toma como base esta ciudad desde la Pascua del 381 hasta la Pascua del 384 y, desde ahí, realiza distintas excursiones hacia los lugares señalados que quiere conocer. La primera la lleva al obligado Egipto recorriendo Taphnis, Hierópolis y Menfis hasta alcanzar la Tebaida. Todo este camino está plagado de anacoretas que aprovechan sus desiertos para encontrar la soledad, son estos personajes de vida eremítica los que le interesan. Una nueva salida la conduce a Samaría y Galilea para visitar los lugares consagrados a Job en Siquem, Nazaret y la costa del lago Tiberíades. En Judea serán Belén, Hebrón o Betsús. En su visita al Sinaí sube al Monte de Dios, recorre el valle de el-Ráha, Farán y Arabia, para regresar atravesando la región de Gessén. En su última excursión atraviesa el Jordán y las gargantas de Ayin Musa para llegar a la cima del monte Nebó, desde el que Moisés divisó la tierra prometida.

A finales de marzo, pasadas las celebraciones pascuales del año 384, inicia su regreso. Lo hace dando un rodeo por Mesopotamia, la provincia más oriental del imperio. Edesa y, desde aquí, hacia Harán visitando los "martyria" más conocidos del momento como Santa Tecla en Seleucia de Isauria, donde se encuentra con su vieja amiga la diaconisa Marthana, hasta alcanzar Constantinopla por el camino ya recorrido a la ida. En el final de su relato esboza nuevos planes para viajar por Asia menor aunque, sus palabras "esté viva o muerta", nos hacen intuir cierto cansancio y verdaderas ganas de regresar. Este es el fin de su relato. Nunca sabremos cómo ni cuando volvió, ni siquiera si al fin lo hizo.

EL CÓDICE Y ALGUNOS ASPECTOS FILOLÓGICOS

El código que contiene el itinerario -también conocido en un principio como "peregrinatio"- fue hallado por el investigador italiano Gian Francesco Gamurrini en el año 1884. Sus 37 hojas, escritas en pergamino con letra de la escuela longobardocasinense o beneventana, muestran dos partes claramente diferenciadas. Las 15 primeras hojas contienen el Tractus de mysteris y los Hymni de San Hilario de Poitiers; las 22 últimas son para el itinerarium de Egeria. Este último consta de una primera parte en donde se describe su viaje desde su llegada al Sinaí -por lo que falta el lugar de partida y sus primeras etapas- y una segunda también incompleta en su remate, que es una relación detallada de la liturgia en la Jerusalén de finales del S.IV.

El origen de la transcripción de este código se encuentra en el "scriptorium" de la abadía benedictina de Montecasio. Fechado en el S.XI, sabemos que ya en el año 1070, León de Ostia, el bibliotecario del monasterio cita las obras de San Hilario que forman parte del código y, Pedro Diácono, sucesor del anterior

como bibliotecario, utiliza ese mismo año el relato de Egeria para escribir un itinerarium de locis santis donde aparecen transcritos algunos pasajes de aquél. En 1788 el código se encuentra en Arezzo, en el monasterio de las santas Flora y Lucila. Este cambio de ubicación vino, muy probablemente, de la mano del abad Ambrosio Rastrellini cuando se hizo cargo en el año 1610 del monasterio Arentino proveniente del de Montecasio. Que Gian Francesco Gamurrini lo encontrase en la biblioteca della Confraternità dei Laici, en Arezzo es debido a la supresión, decretada en el 1810 por parte de Napoleón, del monasterio de Arezzo.

Las cartas que Egeria escribe a lo largo de su viaje, el primer texto conocido en latín obra de una mujer, sorprenden con lo que podríamos definir como un "reportaje en vivo". Con la flexibilidad que le concede el género epistolar, va desgranando los hechos y lugares que se le presentan a lo largo del camino. De todas formas, no se puede hablar del Itinerario de Egeria como una obra literaria o de estilo, no era esa su intención. Cuando se dirige a sus hermanas utiliza un latín pobre y sencillo, el habla común entonces, el conocido como "sermo cotidianus". Un lenguaje coloquial, directo, atropellado cuando algo la emociona, falto de sobrentendidos que la llevan a repetirse de forma continuada. Y sin embargo, se puede constatar que no carecía de conocimientos gramaticales y que, en sus escritos, utilizaba formas del latín clásico que probablemente habrían desaparecido en su tiempo. Esto nos da a entender que la autora en modo alguno puede considerarse una mujer inculta, sino todo lo contrario. Dos son las causas que podrían justificar esta aparente contradicción, un escribir a vuela pluma al final del día o una, más que justificada en el momento, modestia cristiana frente a la llamada erudición ciceroniana. Hay que añadir, por último, que Egeria ilustraba en muchas ocasiones sus cartas con dibujos alusivos a lo escrito.

PARA SABER MÁS:

Arce, Agustín: *Itinerario de la virgen Egeria*. Biblioteca de autores cristianos. Editorial Católica S.A. 1980

Bertini, Ferruccio ed.: *La mujer medieval*. Alianza Editorial

Herrero Llorente, José Víctor: *Peregrinación de Egeria: diario de un viaje a tierra santa en el siglo IV*. Aguilar, 1963

El Viaje de Egeria. Pascual, Carlos, ed. lit.: Laertes, 1994

Martínez, Cándida; Pastor, Reyna; de la Pascua, M^a José y Tavera, Susana (dirección): *Mujeres en la historia de España*. Enciclopedia biográfica. Editorial Planeta S.A. 2000

5 acciones que recrean un itinerario

1

Busco los ojos de mis hermanas desde la alegría y una lágrima sospechosa. Qué hacen entre sí al abrazarse o sus manos que gesticulan buscan en silencio decirme algo. Sobre mí depositan su esperanza. Conocer en palabras ajenas es lo que siempre hasta ahora habíamos hecho y hoy quieren que yo sea el otro. Que difícil sentirse distinta cuando hemos estado tan cerca y es entonces una parte del mismo cuerpo la que se desplazará tras los pasos de un Jesús Maestro. Alejarse de todo, que ellos quedan. Tierra y familia dan forma a un viejo retablo que observa como una de sus figuras se hace a la vida. Hieráticos los árboles sin viento y los hombres. Es la misma niebla la que esconde sus raíces y apaga el canto de los pájaros ahora que amanece. Entonces sí debe ser distinto, y yo con él. A mí no me alcanza la bruma que confunde los caminos y paraliza el alma que se acobarda, detenida. Miro hacia atrás desde la altura de mi carro, de todos los carros alineados y expectantes. Es lo real en los que se quieren viajeros que se manifiesta. Una existencia donde el pasado se ordena perfecto y apilado en forma de atados y arcones, recuerdos, deseos y una añoranza del futuro que vela sutil un interminable recuento mental de las partes que componen el ajuar. Eso es todo en lo que fue un instante de silencio. Y el grito de las ruedas cuando inician su giro me descubre al fin que miro hacia delante.

2

Sostengo la mirada en mis pies que se alternan en el movimiento. Ya es definitivo el río Ródano una vez alcanzados sus márgenes. Para reflexionar el paso de sus aguas caudalosas borrando el recuerdo de otros cauces más claros. Escuchar las mil historias que narra sin descanso y hacer que la mía sea una más que resuena en los oídos de otra gente. Lo pienso y sé que debo agrandar el camino por que aún nada ha terminado. Es el mero cambio de lugar o discurrir del tiempo lo que he puesto en marcha en mi interior. Entonces si lo cruzo quiero disfrutar cada chasquido de la barca, del esfuerzo continuado de unos hombres y de la risa que asalta incontenible los primeros pasos sobre la orilla opuesta. Y todo lo sentido guardarlo íntimo como enriquecedora experiencia que haga saberme preparada para la meta que encontraré. Segura de lo que quiero sé decir a donde voy. Que es búsqueda y la certeza de la luz en sus pisadas. Sobre la tierra ocre del desierto, en los huertos y jardines que descansan o las ciudades donde perderse tras el rastro de sus manos sobre los muros. O hacia un cielo que imagino portador del oriente la mirada dirigida. Al fin el camino es sólo presente.

3

Pienso en la altura de este monte Nebó y en el misterio que celebra la misa a la que asisto. Me arrulla la salmodia continuada y la oscuridad que se mantiene. Siento que me falta el aire necesario en esta ermita cerrada. Desconfío de mis piernas que tras la ascensión tiemblan casi autónomas y me asustan. Pero la salida está ahí y ya noto el viento frío que acaricia mi cara. Transparencia sobre la tierra de Palestina hasta donde la vista puede o quiere que más cerca se alza la ciudad de Jericó para admirarla. El valle del Jordán que acompaña al río hasta que sus aguas encuentran relevo en el mar Muerto. Toda la izquierda es para el mar Muerto. Es la luz que me devuelve con la que sonrío, es la luz que aquí me trajo la que encuentro. Y, sin embargo, no lo sé. Desde este mismo lugar Moisés divisó la tierra prometida y murió y unos ángeles lo enterraron y lo que procuró en vida quedó intacto al alcance de sus manos. Así yo misma al conocer la luz deseada en este mundo anhelo aquella que me permita ver en el reino de los cielos. Es la que busco.

4

En Jerusalén. Me hablan, me hablan, me hablan sin descanso al callejear esta ciudad. Desde sus cuatro puertas puedo escuchar todos los nombres asaltando mi imaginación. Y avanzo encendida por el color de las palabras hacia la basílica del Martyrium esperando que pueda ver lo que ya creo conocer. Es también el sentimiento, la sensación de que allí sí encontraré su presencia. Entre nosotros, que somos todos en el desorden de la espera, descubro a la humanidad. El hombre único que se acerca en busca de consuelo. Y yo con él descubro el fin del camino. La cruz que lo sostuvo atraviesa la penumbra que fue mi pensamiento.

5

Volver ahora a una tierra de dolor y llanto cuando siento que una vez más se apaga. Volver para...

Texto: Manuel Vila López
Ilustraciones de Egeria: Juan Martínez
de la Colina.